

## *En relación con el VIII Congreso del partido comunista ruso*

**León Trotsky**  
**17 de marzo de 1919**

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 46-49. Publicado en *V Puti [En el Camino]*, 17 de marzo de 1919. Entrevista con los representantes de la prensa. El VIII Congreso del PCR (b) tuvo lugar en Moscú del 18 al 23 de marzo de 1919. Las tesis del camarada Trotsky pueden descargarse desde esta misma serie de nuestras EIS: “[Nuestra política en la creación del ejército](#)”. Como el camarada Trotsky se encontraba de viaje al frente del este, el informe principal sobre las cuestiones militares lo hizo el camarada Sokólnikov. Después del coinforme del camarada Smirnov tuvo lugar una amplia discusión sobre la política militar en la comisión militar especial del congreso. Después de la discusión el congreso aprobó las tesis propuestas por el camarada Trotsky.)

Por desgracia, no podré asistir al congreso del partido que ha de tener una importancia especial y en el cual se discutirá, concretamente, la actividad del departamento militar.

No creo que el programa del partido dé lugar a divergencias y a discusiones apasionadas. Claro que el proyecto de programa no está exento de defectos, pero creo que, en conjunto, el problema será resuelto. Tal vez haya que afinar una u otra formulación.

Los problemas de organización pueden suscitar en el congreso mayor discusión y lucha de opiniones. En determinados círculos del partido, bastante amplios, existe indudablemente descontento respecto al trabajo del aparato central del partido.

Los camaradas se quejan de insuficiente dirección sistemática desde el centro, de que no hay una distribución correcta de las fuerzas del partido, etc.

A nuestro partido de la clase obrera le ha tocado, en condiciones históricas sin precedentes, resolver problemas de importancia mundial. Al mismo tiempo, en función de los cambios de la situación mundial, ha tenido que modificar su propia orientación (no en los principios, claro está, sino en el sentido operativo, diríamos “maniobrero”); tuvo que pasar de la ofensiva a una defensiva provisional, tantear cuál era el enemigo principal en cada momento, tanto en política interior como exterior, concentrar toda la atención, todas las fuerzas del partido, tan pronto en una tarea como en otra, y así sucesivamente. Creo que este aspecto de la dirección de la política del partido ha sido asegurado y que nuestro partido salió con honor de las peores dificultades. Pero, justamente, la dimensión gigantesca de los acontecimientos dio lugar a nuevas y nuevas combinaciones de las condiciones políticas y de los reagrupamientos, haciendo difícil en extremo la correcta dirección sistemática del trabajo, la estimación justa de todas las fuerzas del partido y su distribución adecuada según las diferentes ramas del trabajo.

Así, cuando nuestra situación militar se deterioró gravemente en el verano del año pasado, el partido (a iniciativa del comité central) dio muchos miles de sus mejores cuadros para el frente. Semejante trasiego de las fuerzas del partido no podía realizarse, evidentemente, de manera totalmente ordenada, con la valoración que hubiera sido deseable de las cualidades y capacidades de cada uno. Pero era producto de la situación misma.

Durante los diez y siete meses de su existencia, la república soviética se extendió, primero, luego se contrajo, y después se extendió de nuevo: son procesos que no puede prever, claro está, ningún comité central. Se produjeron con extraordinaria rapidez y

tuvieron consecuencias directas en el plano de la organización: en el primer periodo las fuerzas del partido se desparraman por todo el territorio en expansión de la Rusia soviética; después, esas fuerzas se concentran, con análoga espontaneidad, en los límites de la Gran Rusia, más tarde, su diseminación igualmente rápida tiene lugar otra vez por las regiones liberadas, pero en este último periodo la distribución de las fuerzas del partido obedece ya, sin duda alguna, a una mayor planificación.

Hay que fijarse, por último, en una circunstancia importante que los camaradas de provincias suelen ignorar. En el primer periodo del régimen soviético se observa un crecimiento extraordinario del separatismo espontáneo. Los comités ejecutivos de los soviets y las organizaciones del partido a escala local acuciados por nuevas y urgentes tareas locales, quedaron casi totalmente cortados del centro y apenas se preocupan de establecer relaciones con nosotros; tienden, incluso, a ver toda intervención del centro, sea del partido o de la administración, como un cierto estorbo.

En ese periodo hubo que derrochar muchas energías para establecer entre el centro y la periferia las relaciones más elementales y recrear un aparato centralizado algo eficaz.

Una vez superada esa crisis, en algunos círculos del partido se manifestó el fenómeno contrario. Desde el nivel local comenzó a reclamarse del centro más de lo que éste, en puridad, podía dar. Impotentes para resolver las tareas locales, dada su complejidad y novedad, los camaradas acusaban infundadamente al centro de no dar instrucciones. No dudo que el congreso planteará y resolverá todos estos problemas de manera práctica, racional.

Otro problema candente es el militar. Personalmente lamento mucho no poder participar en las discusiones sobre este asunto: de acuerdo con el comité central tengo que irme de nuevo al frente. *Pero no tengo inquietud alguna acerca de las posibles decisiones del partido relativas a la ulterior edificación del ejército.*

Obligados por las circunstancias, tuvimos que concentrar en el departamento militar nuestros principales esfuerzos, la mayor proporción de cuadros del partido y una gran parte de los recursos materiales del país. Gracias al intenso trabajo impuesto por las circunstancias hemos acumulado considerable experiencia en lo que se refiere a la edificación del ejército.

Algunos camaradas consideraban, al principio, que el ejército debería construirse con destacamentos guerrilleros sólidamente organizados. Era una idea muy extendida en la época que siguió a la ruptura de las negociaciones de Brest-Litovsk. Los defensores de este punto de vista partían de que no teníamos ni tiempo, ni medios materiales, ni el personal de mando necesario para la construcción de un ejército centralizado.

Sin embargo, el trabajo se desarrolló en otra dirección. Los destacamentos guerrilleros fueron utilizados para servir de barrera provisional tras la cual, en la retaguardia, se ponía en marcha la construcción del ejército centralizado.

Después de algunos meses de esfuerzos y de fracasos, el partido logró infundir vida realmente a esta tarea, gracias a una gran concentración de energías.

La oposición a que fueran atraídos especialistas militares era muy fuerte, y hasta cierto punto con un fundamento legítimo como era que, en ese periodo, debido a nuestros fracasos exteriores, la mayoría de los especialistas militares rehuían el trabajo cuando no pasaban directamente al enemigo.

El comité central del partido consideró, no obstante, que este fenómeno tenía un carácter transitorio y si nosotros lográbamos a resolver otros problemas podríamos, de paso, obligar a los especialistas militares a trabajar convenientemente.

Los hechos mostraron que teníamos razón. En los frentes creamos ejércitos con estructuras centralizadas y de la defensiva pasamos a la ofensiva, de los fracasos a los grandes éxitos.

Muchos de los cuadros del partido más serios y responsables, que marcharon al frente siendo adversarios decididos de nuestro sistema militar (en particular de la utilización de la antigua oficialidad en puestos responsables) al cabo de unos meses de trabajo se convirtieron en partidarios sinceros de este sistema. Personalmente, no conozco ninguna excepción.

Entre los camaradas enviados al frente se dieron, es verdad, no pocos casos de elementos dudosos, incluso aventureros, que comenzaban a sentirse descubiertos en la retaguardia. Habiendo logrado infiltrarse en las filas del partido, valiéndose de diversos subterfugios, intentaban ahora jugar en el frente la carta de dirigentes y comandantes militares.

Al encontrarse allí con un régimen severo, cuando no con la represión directa, esos elementos clamaron su indignación contra nuestro sistema militar. Representan una minoría, evidentemente, pero su crítica alimenta el descontento en determinados círculos del partido contra el departamento militar.

Las causas de este descontento son más amplias. El ejército devora ahora grandes fuerzas y medios, atentando a las leyes y los intereses del trabajo en otros dominios. Encontrándose bajo la presión imperativa de las necesidades y exigencias del Ejército Rojo, los camaradas que trabajan en el departamento militar presionan a su vez (en ocasiones muy ásperamente) sobre los cuadros e instituciones de otros departamentos. Lo que provoca la reacción airada de estos últimos.

La guerra es cosa muy dura y grave, sobre todo cuando se hace en un país agotado, que ha vivido la revolución y en el cual se plantean ante la clase obrera tareas inmensas en todos los dominios. El descontento provocado por el hecho de que el ejército y la guerra explotan y agotan el país busca desahogarse y no siempre apunta en la buena dirección. Como no puede negarse la necesidad misma del Ejército Rojo y la inevitabilidad de hacer la guerra que nos han impuesto, no nos queda más que emprenderla con los métodos y el sistema.

Sin embargo, del planteamiento de principios que antes se hacía del problema (puros destacamentos guerrilleros, con obreros revolucionarios a la cabeza, sin participación de especialistas militares, sin propósito de crear ejércitos centralizados en el frente y un aparato de mando a escala de todo el estado); de este planteamiento de principios, no queda ya ni rastro.

La crítica, por ejemplo, formulada en la resolución del comité regional del Ural, resulta sin objeto, accidental, inconcreta, y se reduce (perdonadme la expresión) a un manso gruñido.

Claro está (dicen) los especialistas militares son necesarios, pero hay que proceder, en la medida de lo posible, como si no fuesen necesarios. Tenemos que crear nuestros comandantes rojos. ¡Como si el departamento militar no los creara!

No estaría mal que el congreso preguntara al comité regional del Ural cuántos oficiales rojos ha formado, qué porcentaje de comunistas hay entre los oficiales rojos del Ural, cuál es la calidad de las unidades formadas por el comité regional del Ural y en qué consiste su superioridad sobre los regimientos rojos creados en otros lugares. En toda conciencia debo decir que semejante superioridad no se ve por ningún lado.

En más de una ocasión he propuesto a los camaradas que critican “desde la izquierda” lo siguiente: “Si consideráis que nuestro método de formación del ejército es malo, cread una división con vuestros métodos, elegid vuestro personal de mando, montad a vuestro parecer el trabajo político; el departamento militar está dispuesto a ayudaros por todos los medios”.

Obvio es decir que una experiencia así, incluso si da resultados, no es probatoria, porque para una sola división es posible encontrar efectivos selectos, tanto de

comandantes como de soldados. Pero en todo caso semejante experiencia podría enseñar algo a los mismos críticos.

Desgraciadamente no he encontrado a nadie, entre ellos, que desee recoger esa propuesta, y la crítica oscila de una cuestión a otra, guardando su tono irascible, pero quedando siempre en un plano de vaguedad y de ambigüedad.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)